



## SERMON

### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

*Sobre la Comunión de la Pascua.*

Hoc autem totum factum est, ut adimpleretur quod dictum est per Prophetam dicentem: Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

*Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que dixo el Profeta: decid á la hija de Sion: mira á tu Rey, que viene á tí lleno de mansedumbre. San Math. cap. 21. v. 4. y 5.*

SEÑOR.

**H**abia profetizado Zacharías que el Salvador del mundo entraria en Jerusalem glorioso y triunfante: y estas palabras del Profeta habian de cumplirse, como en efecto se cumplen, en el misterio de este dia: ¿mas por qué reciben hoy los Judíos al Hijo de Dios con tanta pompa y solemnidad, y cuál es la causa de este afecto que manifiestan de celebrarle con unos aplausos que nunca habia recibido de ellos? Le habian visto muchas veces en medio de ellos sin hacer caso de él: mas hoy con una mudanza bien extraña nos le representa el Evangelio con una especie de triunfo, entrando por la Ciudad entre aclamaciones y aplausos públicos, acompañado de gran concurso del pueblo, y reconocido solemnemente por hijo de

Da-

David, y enviado de Dios: *Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini.* No nos admiremos, Christianos, pues nos dan la razon de esta novedad los Evangelistas. Acababa este adorable Salvador de hacer un milagro, cuya fama se habia esparcido por toda la Judea, que fué la resurreccion de Lázaro, difunto de quatro dias, y enterrado (milagro, que por todas sus circunstancias era incontestable; milagro, dice San Agustin, que no podia negarle aun la incredulidad mas obstinada) habia tenido por testigos á los vecinos de Jerusalem; los habia llenado de admiracion, y los habia infundido un alto concepto de Jesu-Christo. A vista, pues, de este milagro, y para aplaudir públicamente con su reconocimiento al que le hizo, salen á recibirle, llevando palmas en las manos, y queriendo celebrar de este modo, como advierte San Juan Chrisóstomo, la victoria que el Hijo de Dios habia alcanzado de la muerte. Esta es la suma de nuestro Evangelio en el sentido histórico, y literal: oid ahora el misterio, y la aplicacion. Llégase, Christianos, el tiempo, ó ya estamos en él, en que Jesu-Christo con una accion interior y espiritual, pero la mas eficaz y poderosa, renueva este gran milagro de la resurreccion de Lázaro, haciendo que revivan por la gracia en el Sacramento de la Penitencia, las almas que por el pecado estaban muertas, y como sepultadas en sus costumbres viciosas. Despues de este milagro, la Iglesia representada por todos los Profetas en la Ciudad de Jerusalem, prepara á este Salvador divino una entrada santa y honrosa en los corazones de los fieles en la Comunión de la Pascua; y por conformarme con su intencion, debo hablaros hoy sobre este asunto. Saludemos primero á María Santísima, que tuvo antes que nosotros la dicha de recibir, y llevar en su virginal seno á este Verbo vestido de carne: AVE MARIA.

Dos géneros de personas reciben hoy al Hijo de Dios en Jerusalem: por una parte sus Discípulos, que hacian profesion de seguirle, y con particular obligacion se habian declarado por suyos: por otra los Fariseos, Sacer-

Tom. IV. Quaresma.

S

do-

dotes, y Maestros de la Synagoga, que con suma ceguedad se oponian á su doctrina, y se habian conjurado secretamente contra su persona. Sus Discípulos le reciben con respeto, con fervor y regocijo; y por eso, no solamente viene á ellos como triunfante, sino tambien, segun la Profecia, como Rey: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus*. Al contrario los Fariseós le reciben con disgusto, y con resolucion de hacer que se cumplan presto sus perniciosos designios, y con animo de acabar con él; y por eso viene á ellos como enemigo, y derrama lagrimas de compasion por la infelicidad de estos ciegos. Son estas dos ideas muy naturales de lo que pasa todos los años en la Comunión de la Pascua, y dividiré por ellas mi discurso. En el triunfo con que los Discípulos de Jesu-Christo honran á este divino Maestro, hallo la idea de una Comunión santa y perfecta: esta será la primera parte. Pero en el modo con que este mismo Dios fue recibido de los Fariseós, hallo la idea de una comunión indigna y sacrilega: esta será la segunda. Para los Justos, que son los verdaderos fieles, viene Jesu-Christo como Rey apacible y bienhechor; pero para los impíos, empeñados y obstinados en sus delitos, viene como enemigo terrible y formidable. Este es todo el blanco de vuestra atencion.

## I. PARTE.

¿Queréis, Christianos, saber lo que es una Comunión hecha en estado de gracia? Oid á San Juan Chrysóstomo, y lo sabréis. Es, dice este Padre, un recibimiento solemne que dentro de nosotros mismos hacemos á Jesu-Christo, y una entrada triunfante que su Magestad hace en nosotros. ¿Podia explicarse mas noblemente? ¿No he tenido yo razon de empezar por este pensamiento, para deciros que el triunfo y entrada del Salvador del mundo en Jerusalem es la idea mas ajustada de una buena Comunión?

Mas para entender esto mejor, averiguemos todas las cir-

circunstancias particulares que se refieren en el Evangelio, y vereis como ha sido el designio de Dios manifestamente proponeros el modelo mas cabal de la mas sagrada accion de la Christianidad, que es la Comunión. Porque en primer lugar, este hombre Dios es recibido en Jerusalem con honra; ¿pero de quién? De sus amigos, de los que seguian su doctrina, y eran conocidos en Judea señaladamente por suyos; y en una palabra, de sus Discípulos, que á pesar de la envidia no dexaban de componer un partido numeroso, pues el Evangelista San Lucas asegura, que fue multitud la que concurrió: *Et ceperunt omnes turbæ discipulorum gaudentes laudare* (a). Lo segundo, estos fervorosos Discípulos, arrebatados de un ardiente amor de su Maestro, no esperan á que llegue á las puertas de la Ciudad para disponer el recibimiento: á la primer noticia de su venida salen de sus casas, y le van á buscar por la veneracion en que le tenían: *Et cum audissent quoniam venit Jesus, processerunt obviam* (b). Además de eso se le ponen á la vista, llevando palmas en las manos: *Acceperunt ramos palmarum*, y otros con ramos de olivos, que cortaban del monte, como expresamente lo advierte el Evangelista. Pues la palma es símbolo de la victoria, y el olivo lo es de la paz; y no hicieron esta demostracion sin misterio, como os declararé luego. En fin, ponen sus vestidos á los pies de Jesu-Christo, tendiéndolos en el camino por donde habia de pasar: *Plurima autem turba straverunt vestimenta sua in via*. Excelente idea de la Comunión de los Justos, y del modo con que se ha de disponer el alma christiana para recibir el cuerpo de Jesu-Christo. Pero no basta tener la idea; quiere Dios que nos la apliquemos prácticamente, y que aquella figura sea en nosotros verdad. Procurad, pues, ponerlos bien en las lecciones santas que os he de dar.

Es necesario ser discípulos de Christo para merecer

S 2

re-

(a) Luc. 19. v. 37. (b) Joann. 12. v. 12.

recibirle en su Sacramento, y esta es la primera disposicion. ¿Mas no somos todos discípulos suyos como Christianos? Es verdad, hermanos míos, bien lo sé; mas para participar este divino misterio no basta ser discípulos del Salvador, mostrando exteriormente que lo somos; porque eso muchas veces solo sirve para aumentar nuestra indignidad, quando esa profesion exterior no se junta con las demas circunstancias: además de eso es necesario serlo en espíritu, y tener verdaderos afectos de religion, pues sin esta circunstancia está Jesu-Christo tan lejos de tenernos por discípulos suyos, que antes nos mira como enemigos. El mismo declaró, que no queria celebrar la Pascua sino con sus discípulos. Direis que hablaba de la Pascua de los Judíos que iba á celebrar segun la ley: Vengo en ello, responde San Juan Chrisóstomo; pero si hablaba así de la Pascua antigua, ¿qué pensaria de la nueva, que habia de ser el don de los dones, y el mayor de todos sus beneficios? Y si era preciso ser discípulos suyos para comer con su Magestad una Pascua, que era puramente una sombra de su cuerpo, ¿qué no será necesario para comer su cuerpo en su propia substancia? En fin, ¿no es de fé, que todo lo que se observaba en la Pascua de los Judíos era una leccion nuestra, pero exacta y precisa de lo que se debe observar en la Pascua de los Christianos?

No haya, pues, (concluye eloqüentemente S. Juan Chrisóstomo) no haya persona tan temeraria, que pretenda tener parte en esta Pascua, y recibir el verdadero Cordero que en ella se sacrifica, sin tener este carácter particular de discípulo de Jesu-Christo. No venga á ella Judas, ni los Fariseos; es decir, ningun hipócrita, ni traidor; no quien ha incurrido el delito de la simonia, ni quien trata sacrilegamente las cosas sagradas: Oid las palabras del Santo: *Nemo accedat nisi amicus, nullus avarus, nullus fenerator, nullus impudicus*. Porque os hago saber, añadia el Santo Doctor, que no es para ellos esta mesa divina: *Nam & tales hæc mensa non suscipit*. Si hay algun discípulo fiel y sincero, este es el que Jesu-Christo

to quiere que sea admitido: *Si quis est discipulus, adsit*. Pero los mundanos, los sensuales, los escandalosos y los impíos no tienen lugar; y si se atrevieran á ponerse delante, nosotros los Sacerdotes del Señor y dispensadores de sus misterios, nos valdriamos sin temor del poder que Dios vivo nos ha dado para prohibirles su uso. Aunque fuera el hombre mas victorioso del mundo, aunque fuera el mayor Monarca del orbe: *Sive Imperator*, le dieramos á entender las prohibiciones y amenazas del soberano dueño, cuyo celestial banquete venia á profanar. Así disponia S. Juan Chrisóstomo al pueblo de Antiochia para la accion mas importante de la Religion Christiana: y este es el precepto que el Apóstol habia intimado á toda la Iglesia en aquellas breves palabras, que segun el santo Concilio de Trento comprehenden todas las disposiciones con que deben llegar al Sacramento del Hijo de Dios los que quieren tener parte en él: *Probet autem se ipsun homo* (a). Pruébese el hombre á sí mismo; esto es, consúltese á sí mismo, pregunte á su corazon, y sin cegarse, ni lisonjearse, exámine delante de Dios si es verdaderamente del número de los que pertenecen á Jesu-Christo, y su Magestad reconoce por sus discípulos verdaderos. Porque si nuestras conciencias no deponen á nuestro favor en este punto, si no podemos gloriarnos con humildad de este nombre tan honroso, no nos es lícito celebrar la Pascua, ni pensar en ello. Pero me engaño, Christianos; hablemos mas propiamente, y digamos, que en esto debemos pensar, y eficazmente por la honra del mismo Jesu-Christo. Y si por no haberlo pensado dexamos de recibirle en la solemnidad de esta Pascua, incurrimos en nueva culpa desobedeciendo sus preceptos. ¿Pues que? ¿es precepto de Jesu-Christo que le recibamos sin ser discípulos suyos? No lo permita Dios, Christianos; esto es á lo que tiene mas horror: lo que nos manda es, que nos declaremos por discípulos suyos;

Y

(a) 1. Cor. 11. v. 28.

y si no hemos sido de este numero hasta aqui, quiere que empezemos á serlo para cumplir con la obligacion indispensable de tomar lugar entre los que manda llamar á su convite. Y ved aquí el precepto, no solamente Eclesiástico, sino Divino, que hoy os intiman los Pastores de vuestras almas, en virtud del qual el Salvador del mundo, seais los que fuereis, quiere celebrar la Pascua con vosotros. Sois indignos de favor tan soberano, pero quiere que os hagais digno; sois pecadores, pero quiere que os hagais justos; estais enredados en los lazos del mundo, pero quiere que los rompais, y os pongais en estado de llegaros á su Magestad. No hay excusa ni dilacion, su precepto insta, y es forzoso obedecerle. En otros tiempos del año pudierais tener motivo para la dilacion, y señalaros término para resolveros á esto: pero hoy no estamos en términos de resolver, porque es tiempo de executar y cumplir. Se ha llegado el plazo, y el Maestro de los maestros os envia á decir, que en vuestra casa quiere celebrar esta Pascua: *Magister dicit... apud te facio Pascha* (a). Para esto es necesario que vuestro corazon, que es el domicilio y santuario que ha escogido, se purifique con la penitencia, y el mismo precepto que os necesita á lo uno, os obliga á lo otro. Por consiguiente, debéis romper vuestros lazos, y desprenderos de las criaturas y de vosotros mismos con esfuerzos generosos. Y esto es en lo que este mandamiento del Hijo de Dios es admirable; quiero decir, es admirable, porque os impone una necesidad tan venturosa: no os va menos en ello, que el ser ó no ser sacrílegos, ó descomulgados: sacrílegos, si recibis á este Dios de la Santidad sin haberos dispuesto con una contricion sincera; descomulgados, si por vuestra impénitencia no estais capaces de recibirle.

Pero no basta ser discípulos del Salvador para merecer que venga á nosotros; es necesario salir á recibirle, y adelantarse á su venida. Bien sabeis, que aquel concurso

(a) Matth. 26. v. 18.

numeroso que salió de Jerusalén se adelantó hasta el monte de las olivas, y no aguardó á que Jesu-Christo hubiese llegado, para dar principio á las honras con que le habian de recibir: *Cum audissent quoniam venit, processerunt obviam ei* (a). Es, pues, otra disposicion necesaria para recibirle, segun las reglas y espíritu de la verdadera piedad, adelantarse con un espíritu de fervor á su venida. Explicome. Hacer lo que en estos tiempos se estila, y es tan ordinario por la relaxacion del siglo; dexar hasta el mismo dia de la Comunión, aun el cuidado de pensar en ella: dilatar para la solemnidad de la Pascua las prevenciones que pide la Religion; creer que se ha hecho lo que se debe con recogerse pocos instantes en la presencia de Dios, venir de priesa y atropelladamente á confesar los pecados, y luego inmediatamente llegarse á la mesa sagrada; confundir los ejercicios de la penitencia con la Comunión, y muchas veces comulgar sin haber hecho ejercicio alguno de penitencia: ¡ay Christianos, qué indignidad! Todos los que así obran llevan sobre sí el anatema de San Pablo, que los dá en cara porque no saben discernir como deben el cuerpo de Jesu-Christo, y los amenaza que recibirán en este manjar celestial su propia condenacion. Hablo, amados oyentes míos, con los que profesando una vida mundana, y distrahida, os llegais rara vez á esta mesa sagrada, y por ventura os contentais con tomar una sola vez al año este pan divino que ordenó Jesu-Christo que fuese el pan de cada dia: para vosotros es esta doctrina. Porque las almas puras que hacen de él su ordinario alimento, aunque absolutamente tienen siempre razon para temer, tienen mas razon para esperar. Una Comunión las sirve de disposicion para otra; la vida ajustada que llevan, las buenas obras en que se ejercitan, y su asistencia á los altares, todas estas cosas, segun la doctrina de los Padres, sirven de preparacion continua para este divino Sacramento.

Pe-

(a) Joan. 12. v. 12.

Pero aguardar vosotros los que tenéis un porte directamente contrario; vosotros, que haceis punto, no solamente de ser del bando del mundo, sino de vivir según las máximas que enseña; vosotros, cuyas amistades, costumbres, divertimientos y empleos son puramente una serie de pecados eslabonados unos con otros; vosotros, que totalmente careceis de la experiencia de las cosas divinas, y os pasais años enteros sin hacer una reflexion seria sobre el punto de vuestra salvacion; vosotros, que dais el último lugar al cuidado de velar sobre vuestro corazon, y con una conciencia libre, ó por decirlo mejor, disoluta, nunca hallais cosa que os esté mejor que el no darle jamas una vista, ni saber lo que pasa en él; vosotros en fin, que solamente comulgais por no sé qué cumplimiento, y eso quando el precepto os apremia; aguardar á disponeros al dia preciso en que habeis de satisfacer esta obligacion, es despreciar á vuestro Dios, y ultrajar su Sacramento; es hacer inútil el efecto de su venida, y ponerlos á peligro de un escándalo casi inevitable. Porque, hermano mio, (dixera yo á uno de estos pecadores) si llegais á mí en alguno de los dias de esta solemnidad, y no os hallo con la disposicion debida para quedar reconciliados con Dios por medio de la gracia, sin la qual no es licito que comulgueis (¿y qué cosa mas comun hay en unos hombres como vosotros?) ¿qué he de hacer en este caso? ¿Os he de conceder la absolucion que me pedis? Seria infiel á la obligacion de mi oficio. ¿Os la he de negar? Luego será preciso que no comais el Cordero con los demas fieles, y que no asistais á la mesa de Jesu-Christo. Si os admito, soy infiel, y me condeno con vosotros: si os excluyo, dais un escándalo á la Iglesia. ¿Echais ya de ver el extremo á que os reducis por no haber tomado las medidas que la ley de Dios, la caridad christiana, y la prudencia os señalan? Si por respeto de vuestra persona aventuro la reverencia que se debe al Sacramento que ha fiado Dios de mí, es una infidelidad á que no es verosímil que jamas me resuelva: sé muy bien hasta donde llega mi poder, y nunca me

me deslumbrará el lustre de vuestra Dignidad, ni el esplendor de vuestra fortuna. ¿Qué sucederá pues? Lo que yo os digo; que no habrá para vosotros Pascua, ni Sacramento, ni culto de religion; que despues de esto necesariamente sereis notados; que el Pastor de vuestras almas estará lleno de inquietudes y desasosiegos; que vuestro mal exemplo cundirá, la disolucion se valdrá de él, y vosotros dareis cuenta de los abusos que de él se seguirán: y todo porque no habeis puesto todo el cuidado que debiais para disponeros. Si desde que entró este tiempo santo, convencidos de la perdicion de vuestra conciencia, hubierais recurrido al remedio que os ofrecia la Iglesia, y con christiana providencia os hubierais sujetado á su tribunal, todo se hubiera ya compuesto. No estabais entonces capaces de participar el cuerpo de Jesu-Christo, pero se os hubiera dado modo para disponeros; estabais aun muy débil para poderos alimentar de este pan de vida, pero os hubieran fortalecido; se hubieran curado vuestras heridas, os hubieran alentado á dexar vuestras costumbres, os hubieran hecho pasar por las pruebas de la penitencia; y vestido ya, despues de haber pasado por ellas, del traje nupcial, hubierais sido admitidos en la sala del convite. A este fin se instituyó la Quaresma, y sabemos por los Cánones antiguos, que desde los primeros dias de este ayuno solemne se les intimaba á los infieles la obligacion de santificarse; esto es, (segun el estilo de la Escritura) se les obligaba á que se purificasen por la confession, y así se les obligaba á prepararse para celebrar dignamente la Pascua. No solo se hacia esto, sino que si habia algunos pecadores públicos, se les obligaba desde el dia de Ceniza á que saliesen vestidos de cilicio, para empezar á instruirlos á hacer penitencia poniendolos entre los que la hacian. Este era el estilo de aquellos tiempos; y aun vemos en algunas Iglesias rastros de una costumbre tan religiosa y loable. No obstante (como advierte el Doctor Angélico Santo Tomas) estos pecadores no tenian mayores culpas que las que muchos de nosotros tenemos; ni el cuerpo de Jesu-Christo que habian de re-

cibir era mas santo, ni mas digno de respeto para ellos que lo es para nosotros; pero se ha hallado el modo de echar por el atajo (si me es licito explicarme así) y de satisfacer á menos costa.

No digo esto por apoyar alguna opinion particular, ni he menester dar satisfaccion de lo que digo; pero á la verdad, oyentes míos, confesemos para nuestra confusion que hemos degenerado, y cada dia degeneramos mas de la santidad de nuestra fe. Entre los que mas necesitan de esta instruccion, y con quienes especialmente habla, (y verisimilmente serán la mayor parte de este auditorio) quiero decir, entre tantos aprisionados con los lazos de la culpa, quizá son muy pocos los que han hecho el mas leve esfuerzo para disponerse á la Comunión de la Pascua. ¿He excedido en lo que he dicho? ¿Soy tan venturoso que me engaño? Mas con todo eso veremos en esta fiesta cercana unos hombres totalmente estragados con los vicios, unos Lázarus sepultados en la maldad, unos difuntos, no de quatro dias, sino de quatro meses, y aun de quatro años, que vendrán á la Iglesia, y llenos de una confianza presuntuosa pedirán que los desaten y resuciten, y que se les haga lugar en la mesa de Jesu-Christo. ¡Ay! hermanos míos, exclama San Bernardo; estos prodigios son privativos de la jurisdiccion de Dios; nuestro poder no llega á tanto, este milagro es sobre nuestras fuerzas. ¿Pues qué hemos de hacer? Lo que hacen los que salen de Jerusalem, y se ponen en camino luego que saben que Jesu-Christo se acerca: *Cum audissent, processerunt.* (a) Vosotros, Christianos, lo sabeis, y ya os lo anuncio de su parte: *Ecce Sponsus venit.* (b) Si hermanos míos; el esposo viene ya; está casi á las puertas de vuestro corazon, y dentro de pocos dias ha de hacer su entrada en él. No deis lugar á que os halle desprevenidos: *Exite.* Salid fuera de vosotros mismos; salid del tumulto de vuestras pasiones, de los

em-

(a) Joan. 12. v. 12. (b) Matth. 25. v. 6.

embarazos en que os ponen vuestros cuidados infelices, y de la inquietud y distraccion que los negocios temporales os ocasionan. No seais como aquellas vírgenes necias que se durmieron, sino estad siempre dispuestos para salir á recibir al Señor que viene á visitaros: *Exite obviam ei.* Si lo habeis dilatado hasta aqui, resarcid el tiempo perdido, despues de haberos confundido delante de Dios. Considerad de una parte la santidad de la accion que vais á executar, y de otra la grandeza del Dios que habeis de recibir. Para recibirle con un triunfo conveniente, y conforme á su intencion, no os olvideis de enviar delante de vosotros á los pobres cargados de vuestras liberalidades y limosnas. Hay pobres desamparados en las cárceles, enfermos en los hospitales, y vergonzantes en las familias; pues buscadlos para aliviarlos, y se unirán con vosotros para favoreceros. Pero acordaos especialmente de aquella importante doctrina del Profeta, que se contiene en estas palabras: *Præoccupemus faciem ejus in confessione.* (a) Antes que llegue á vosotros este Dios de la gloria, adelantaos, y ganadle la voluntad con una confession exácta y sincera de todas vuestras culpas. No aguardéis al punto en que será preciso darle el ósculo de paz: estará entonces sucia vuestra boca con la impureza de vuestros delitos. Si es posible, sacudid desde hoy esa carga pesada que os bruma, para que desembarazada y libre vuestra alma pueda correr á largos pasos hácia el Señor que se digna de descender del trono de su Magestad por vosotros. ¿Pues que, hermanos míos (insta San Juan Chrysóstomo) si ahora os dixeran que el mayor Rey del mundo venia en persona á hospedarse en vuestra casa, y que él mismo ha querido con particular designio favoreceros con esta honra, y que no pretende menos que el dexaros ennoblecido para siempre, establecer vuestra fortuna, y colmaros de riquezas, ¿qué no hicierais? ¿Qué cuidados? ¿Qué prietas? ¿Qué actividad?

T 2

Aun

(a) Psalm. 94. v. 2.

Aun mas: ¿Qué no haceis cada día por un amigo? ¿Cómo os portais con él? Comunes y familiares son estas comparaciones; mas por eso mismo, dice San Juan Chrysóstomo, se han de valer de ellas los Predicadores del Evangelio; porque hacen mas sensibles los puntos de que tratan, y hacen tocarse como con las manos las obligaciones mas esenciales de la ley de Jesu-Christo.

Paso adelante. Para alimentarse de Jesu-Christo en la Comunión es necesario salir á recibirle; ¿pero cómo? Como los Discípulos, con ramos de palmas y de olivos; esta es la tercera circunstancia de que infiero otra tercera doctrina. Oid mi pensamiento: *Acceperunt ramos palmarum*, (a) tomaron palmas en las manos, dice San Juan. *Alii autem cedebant ramos de arboribus*: Otros cortaban ramos de los árboles, y estos árboles eran sin duda olivas, pues sucedió el caso en el mismo monte que tomaba de ellas el nombre, al qual habian ido los Discípulos para encontrar al Hijo de Dios: *Et cum appropinquaret jam ad descensum montis Oliveti*. (b) Y esto ¿qué significa? No hay cosa mas clara, dice San Agustín, que lo que nos quiere dar á entender con estos dos símbolos el Espíritu Santo; y es, que ni vosotros ni yo debemos llegar á Jesu-Christo, si no llevamos palma en señal de la victoria que hemos conseguido del pecado; y oliva en señal de la paz que hemos concluido con Dios. Reparad en esto, Christianos. No basta (segun San Agustín) para comulgar bien haber logrado algun buen suceso contra nuestro enemigo; ni nos hemos de contentar con haber hecho treguas con él puramente, teniendo por bastante diligencia haber sacudido por algun tiempo su servidumbre, y haber ganado de él, ó por mejor decir, de nosotros la victoria de enmendarnos por algunos dias: porque este espíritu engañador no retirará con vosotros sobre ella, pues se la permite á los mas perdidos, y es uno de los artificios de que se vale para tenerlos despues mas

es-

estrechamente en sus prisiones. Hay pocos pecadores tan olvidados de Dios, que á lo menos estos santos dias no se vayan á la mano, y se hagan fuerza, procurando parecer Christianos en la compuncion, y en las muestras de haberse convertido: pero no es eso lo que de vosotros aguarda Jesu-Christo, ni lo que se os predica: lo que se os dice es, que para recibir á este hombre Dios, os habeis de poner en su presencia con palma; esto es, despues de haber vencido verdadera, eficaz y cumplidamente el pecado que reyna en vosotros. No ignorais, que en esta guerra espiritual, las treguas y suspension de hostilidades comunmente no tienen otro efecto, sino dar mas y mas fuerzas á vuestro enemigo, irritar las concupiscencias, y avivar las pasiones: luego habeis de quedar vencidos en volviendo á la guerra con recaidas mas peligrosas. Despues de algun intervalo de libertad, y de una paz engañosa, os hallareis mas esclavo y pecador que nunca; y siendo así, no podéis ser del número de los que pueden recibir triunfalmente á Jesu-Christo. Es necesario ir con palma, y ser vencedor: de otra suerte no tenéis derecho para incorporaros entre sus discípulos; porque estais aun en prisiones, y sujeto á la tirania del Principe del mundo. Es preciso salir de ella bien de una vez, y hacer aquel esfuerzo que la Esposa de los Cantares quando decia: *Ascendam in palmam, & apprehendam fructus ejus*: (a) sí, ya está tomada la revolucion, he de subir á la palma, y coger sus frutos. ¿Y qué frutos son estos? Los de una penitencia provechosa. Hasta aquí (habeis de decir) no he cogido de ella sino las hojas, no he tenido sino las apariencias, las exterioridades, buenas palabras, ideas y pensamientos inútiles, y sin eficacia, pero ya estoy resuelto á subir mas alto, y quiero coger sus frutos: *Ascendam in palmam, & apprehendam fructus ejus*. Ha mucho tiempo que Dios me llama, y no puedo ya hacerle resistencia. No serán estos frutos sabrosos pa-

ra

(a) Joan. 12. v. 12. (b) Luc. 19. v. 37.

(c) Cant. 7. v. 8.

ra la naturaleza; pero la caridad, que tiene el gusto más delicado, hará que halle en ellos unas delicias que excedan á quantos deleytes tienen los sentidos. De esta suerte os debéis portar, y así hareis que triunfe Jesu-Christo.

En fin, los Discípulos se desnudaron de sus vestidos, y los tendieron en el camino por donde el Hijo de Dios había de pasar: *Plurima turba straverunt vestimenta sua*. Seria inútil explicaros el misterio de esta ceremonia, pues le tenéis bien entendido: mejor que lo que yo os lo puedo decir, lo enseña ella por sí misma la importante verdad, de que debéis (para recibir dignamente al Salvador del mundo en el Sacramento del altar) desnudaros de todo lo que huele á superfluidad mundana, especialmente esa superfluidad de trages, de composturas y galas, que (según el pensamiento de Tertuliano) son una especie de idolatria que tributais á vuestros cuerpos: que os debéis, digo, deshacer de eso no por consideraciones humanas, sino por respeto de religion. Muchas veces habeis oído, Señoras, esta doctrina, y nadie mejor que vosotras la debe tener entendida: bien conocéis delante de Dios lo repñida que está esa profanidad con la humildad de vuestra religion, de quantos pecados es origen, y á quantos riesgos de escandalizar os pone. Mas lo que yo no puedo entender es, cómo teniendo tanta inclinacion á todo lo que pertenece á una piedad verdadera, con todo eso nos cueste tanta dificultad el hacer que os exerciteis en este despojo. Lo que no puedo entender es, que despues de las muchas advertencias que se os han dado; despues de las reglas que os dió San Pablo, órgano é intérprete del Espíritu Santo; despues de las eficaces exhortaciones de los Padres de la Iglesia, que han tratado este punto como uno de los más esenciales de vuestro estado; y aun despues de vuestra propia experiencia, que para convenceros tiene más fuerza que quantos discursos hay, aun andéis en pleyto con Dios por conservar esas reliquias del mundo de que no hay modo de desprenderos. Lo que me asombra es, que despues de tantas Comuniones haya entre vosotras tantas que se dexan llevar de la

pa-

pasion de esta vanidad, tantas que ponen un exquisito cuidado en el adorno de sus personas, y andan buscando medios de parecer bien, como pudieran las almas más libres y desenfrenadas. Esto es lo que me asombra. ¿Y este escándalo no se ha de acabar? ¿Habeis de negar á Jesu-Christo que entra en vuestro pecho un sacrificio tan corto, pero tan necesario y tan agradable á sus ojos como este? ¡Ay! hermanos míos, concluye San Ambrosio; ¡qué dichosos sois en poder hacer materia de triunfo para vuestro Dios, las mismas cosas que ocasionan vuestras culpas! ¡Qué consuelo es poder honrarle, no solamente con vuestras superfluidades, sino con vuestras vanidades mismas! Es necesario arrojar á los pies de Jesu-Christo todas las invenciones con que el mundo os hace sobresalir, y lograr un falso lucimiento. De este modo hareis que vuestra Comunión sea santa, y ella os hará santos á vosotros: porque Jesu-Christo vendrá á vosotros como Rey triunfante, y esto es lo que me manda que os anuncie: *Dicite filie Sion, ecce Rex tuus venit*. Decid á la hija de Sion, mira que viene tu Rey. ¿Qué hija de Sion es esta? Es el alma justa en el mismo sentido de la profecía, y esta profecía en rigor tiene en la Comunión su cumplimiento. Si, Christianos; entonces el Hijo de Dios hará su entrada en vosotros como Soberano, y como Rey: porque la fe nos enseña que es Rey, y que su reyno está en medio de nosotros: *Regnum Dei intra vos est*. (a) El Cielo y la tierra estan absolutamente baxo de su dominio; pero donde especialmente quiere reynar, dice San Agustin, es en el corazon del hombre; porque le mira, prosigue S. Agustin, como un reyno conquistado: quiere ser admitido, y establecer en él su asiento. Pues quando comulgo en estado de gracia, no solamente se puede decir con verdad que está Jesu-Christo en mí, sino que está como soberano; que manda y reyna en mí; que se hace obedecer, y tiene sujetas todas

mis

(a) Luc. 17. v. 21.



mis pasiones á la ley de su amor; que refrenó los ímpetus de mi ira, que aboga los de mi venganza, y tiene el dominio de mis deseos; y por decirlo en una palabra, que es mi Rey: *Ecce Rex tuus.*

Si parára la vista en lo que la fe me pone á los ojos, quedára poseído de un horror asombroso, y espantado con la presencia de Magestad talalta, exclamaría con San Pedro: *Exi á me, quia homo peccator sum.* (a) Apartaos, Señor, de mí, porque soy un hombre lleno de miserias y flaquezas: pero este Dios de la gloria, con un artificio prodigioso propio de su caridad, me enseña á no insistir mucho en este pretexto, aunque tan hermoso, de una reverente desconfianza; porque si viene á mí, es como un Rey apacible y lleno de mansedumbre; *Dicite filie Sion, ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.* No le impide, dice San Juan Chrysóstomo, su grandeza para humanarse con nosotros, y aun el encarnar en nosotros de alguna suerte: y si ignoramos que tiene por punto de su misma grandeza esta condescendencia suma, aun no hemos empezado á hacer concepto del misterio de su cuerpo y sangre. Su Divinidad era un abismo de luces que nos deslumbrára: por eso la cubrió con el velo de su humanidad, para que pudiese sufrir la flaqueza de nuestros ojos. Su humanidad también brillára con un resplandor excesivo; por eso la oculta en las especies de un Sacramento que no pone á los ojos cosa que no sea comun y natural. Este mismo Sacramento, por lo que encierra en sí, pudiera desviarnos de su Magestad: por eso nos le propone como pan y como manjar que nos ha de alimentar, y nosotros le debemos comer. Todo esto hace para que conozcamos lo que dice en la Escritura; que con ser Dios, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, y que no quiere ser nuestro Rey, sino para prevenirnos y colmarnos con bendiciones de dulzura: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.* Quando entró en Jerusalem,

(a) Luc. 5. v. 3.

¿lén todo era pompa y magnificencia quanto cercaba su persona, y era muy debida semejante ostentacion á un Dios tan grande; pero en su persona misma era todo modestia, pobreza y humildad. Del mismo modo, quando descende al altar vienen con él millones de Angeles para hacerle la corte, y acompañarle. No es este uno de aquellos pensamientos devotos, que tienen por fundamento unas ligeras conjeturas. No tenía San Juan Chrysóstomo el espíritu ligero, y nos asegura que vió por sí mismo estos exércitos celestiales: *Vidi ipse.* El mismo los vió al rededor de Jesu-Christo, y que le cercaban por todas partes: *Vidi ipse turbas Angelorum è Cælo descendentes.* Pero en fin, en ese mismo altar oculta este Dios de amor todo el resplandor de su grandeza; en el altar se abate, se hace pequeño y pobre para que podamos acercarnos á su Magestad mas facilmente: porque si no se hubiera humillado, dice San Agustin, jamás nos hubieramos atrevido á tomar este divino alimento, ni aun á tocarle: *Nisi enim esset humilis, non manducaretur.* Ah! Señor; yo lo conozco, y os ofrezco desde ahora todos los rendimientos de respeto, de obediencia y de gratitud que debo tributaros en mi Comunión. Solo Vos podeis unir con una Magestad tan incomprendible unos abatimientos tan profundos. Si los Reyes de la tierra solo se dieran á conocer entre humillaciones, y en una universal desnudez de todas las cosas, no pudieran mantener el Real esplendor de su Dignidad: pero el vuestro por sí mismo se mantiene, pues sois Rey por Vos mismo, y es inseparable de vuestro ser vuestro poder soberano: *Dicite filie Sion, ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

¿Pero reparais, Christianos, en esta palabra: *Venit tibi?* Puede ser que no la hayais reflexionado; y por eso no entendeis el favor singular que contiene. Esa palabra os da á entender, que este hombre Dios en la Comunión no solamente viene á nosotros, y viene por nosotros, sino que unica y singularmente viene por nosotros: de suerte, que si no hubiera en el mundo quien fuese capaz de participar este misterio sino cada uno de nosotros,

Tom. IV. Quaresma. V

tros,

tros, aun en ese caso saldria del Sagrario en que reside, y de los tabernáculos en que reposa, por venir con todo el lleno de su Divinidad á tomar lugar en nuestro corazon. Y en efecto, ¿ cuántas veces se ha dignado de honraros con este favor, sin haber otro que fuese á su presencia para tener parte en él? ¿ Cuántas veces se ha podido decir, que por ti solo dexaba su altar, y era llevado como en triunfo en las manos de los Sacerdotes? *Ece Rex tuus venit tibi*? El hacerlos comprehender los provechos que podeis sacar de tan estrecha union con su Magestad, era materia de todo un discurso: pero no cumpliera con mi asunto, y con lo mas digno de advertencia que hallo en él para vuestra enseñanza, si no os dixera que viene el Salvador del mundo para hacer invisiblemente en nuestras almas los mismos milagros que hizo en los cuerpos quando entró en Jerusalén. Añade el Evangelio, que dió salud á todos los enfermos, ciegos y paralíticos que se le pusieron á la vista: *Tunc accesserunt cæci, & claudí, & sanavit eos*. Y no es puramente conjetura, si no doctrina de fe, que el efecto proprio de la Comunión, ó por mejor decir, de la presencia de Jesu-Christo por medio de ella, es curar nuestras enfermedades espirituales, la falta de fuerzas, los desmayos, los tédios para lo bueno, y las inclinaciones á lo malo á que está sujeta una alma justa, aun despues de haberse convertido. ¿ Y por qué no hará en nosotros este efecto? Con solo el contacto de sus vestidos curaba las dolencias mas desesperadas: ¿ pues habia de tener menos virtud, quando substancial y estrechamente está unido con nosotros? No por cierto; quiere curar estas reliquias de corrupcion que dexó en nosotros el pecado, aunque borrado ya por la penitencia; y si no poneis estorbo á su actividad, hará en vosotros prodigios que llenarán de edificacion á toda la Iglesia, y os admirarán á vosotros mismos. Si erais violentos y apasionados, hará que seais apacibles, y que os modereis; si erais sensuales y dados á deleytes, os hará mortificados y sufridos; si vanos y ambiciosos, os hará rendidos y humildes; y en fin, os transformará en otros hom-

hombres. Vamos, pues, á su Magestad, hermanos míos; vamos á descubrirle todas las llagas de nuestras almas, y á decirle con el Profeta: *Sana me Domine, & sanabor* (a). Señor, bien veis el estado de mi alma, veisme aquí cercado de muchos males: pero curadme Vos, y empezaré á gozar de una perfecta salud: *Sana me Domine, & sanabor*. Soy ciego, alumbradme; soy inconstante, dadme firmeza; soy flaco, fortalecedme. Solo Vos, Dios mio, podeis hacer este milagro; qualquier remedio que no viene de vuestra mano, se queda solamente en apariencia: *Sana me Domine, & sanabor*. Luego es preciso que Vos mismo os apliqueis á remediarme; y para aplicaros eficazmente, Señor, basta que digais una palabra. Pronunciad esta palabra misericordiosa: *Tantum dic verbo* (b). Decid á mi alma que Vos sois su salud, y quedará remediada: *Dic anima mea: Salus tua ego sum* (c). Si Christianos, lo hará, y os remediará: pero últimamente, despues de haberos dado la idea de una buena Comunión en la manera con que recibieron al Hijo de Dios los Discípulos, quiero que sepais en lo que consiste una Comunión mala, y lo vereis en el modo con que fue recibido de los Escribas y Fariseos. Esta es la segunda parte.

## II. PARTE.

Si alguna vez se verificó el oráculo de Simeon, que hablando de la persona de Jesu-Christo dixo que sería á un mismo tiempo blanco de contradiccion, y de bendiccion para los hombres, y que sería la resurreccion de unos, y la ruina de otros, puede decirse que fue particularmente en el misterio de este dia, ó por mejor decir, en lo que el misterio de este dia nos representa: esto es, en la suma oposicion que hay entre la Comunión de los justos, y la de los pecadores. A la verdad ¿ se puede imaginar cosa mas santa, que el triunfo que acabo de repre-

V 2

sen-

(a) Jerem. 17. v. 14. (b) Matth. 8. v. 8. (c) Psal. 34. v. 3.

sentarós del Hijo de Dios, recibiendo bendiciones de todo el pueblo, y llenándole de las suyas; recibiendo honras, y haciendo gracias; reconociendo como enviado de Dios, y como quien tenía estas calidades, haciendo milagros, convirtiendo las almas, curando enfermos, y resucitando difuntos? Ved aquí verificada la primera parte de la profecía; y este es el símbolo de la Comunión de los fieles que reciben el cuerpo de Jesu-Christo en estado de gracia. Pero reparad al contrario la triste imágen de una Comunión indigna y sacrilega, en el recibimiento que le hacen los Fariseos y sus parciales quando entra en Jerusalén; y juzgad por todas las circunstancias que voy á notar en él, si correspondió cumplidamente el efecto á la profecía: *Ecce positus est hic in ruinam, & in resurrectionem multorum, & in signum, cui contradicetur* (a). En primer lugar, los Fariseos y los de su faccion no reciben hoy al Salvador del mundo, sino por una especie de hipocresía, por disimulo, por no sé qué especie de necesidad, por miedo y por respetos humanos. Le hubieran estorbado, si hubieran podido, que entrase jamas en su Ciudad; pero advierte el Evangelista qué temian al pueblo: *Timebant verò plebem* (b); y por esto se juntan con sus Discípulos, y se conforman exteriormente con ellos. En segundo lugar, desde que Jesu-Christo se dió á conocer en Jerusalén, empezaron á formar designios contra su Magestad, conspiraron contra su vida, y tomaron sus medidas para acabar con él; porque en este mismo dia juntaron aquel conciliábulo detestable, en que despues de muchas deliberaciones, por último quedó resuelta la muerte de Jesu-Christo: *Collegerunt Pontifices & Pharisei concilium adversus Jesum* (c). En tercer lugar, contradicen sus milagros, aunque tan claros y manifestos; se ciegan por no conocerlos, y están tan lejos de que les hagan fuerza, que se muestran indignados porque los hace: *Videntes autem Scribæ mira-*  
bi-

(a) Luc. 2. v. 34. (b) Luc. 22. v. 2. (c) Joan. 11. v. 47.

*billa quæ fecit, indignati sunt* (a). Así reciben al Hijo de Dios; mas cómo viene el Hijo de Dios á ellos? Ah! Christianos; no dexéis perder esta doctrina. Mirando á estos infieles entra Jesu-Christo penetrado de dolor, y vertiendo lágrimas de sus ojos: *Videns civitatem, flevit super illam* (b), (porque todo esto se halla en el orden de este misterio). Entra, no como un Rey liberal para ellos, sino como un enemigo formidable, para ser motivo de su reprobacion, y de la ruina de su ciudad, por el desprecio que hicieron de sus favores: *Non relinquent in te lapidem super lapidem*. No ha de quedar en tí piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que vino tu Dios á visitarte: *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tue*. En fin, entra para exercitar en los Fariseos el rigor de su justicia, anticipando la sentencia de su condenacion, y fulminando contra ellos este decreto terrible: *Dico vobis, quia... lapides clamabunt*. Mirad que estas piedras (hablaba de las del templo) os acusarán á voces algun dia. ¡Qué de cosas hay aquí parecidas á la Comunión de los pecadores! Permitidme hacer la aplicacion en pocas palabras.

Lo que hicieron estos Escribas y Fariseos, recibiendo al Salvador del mundo por política, y porque temian al pueblo, eso hacen ciertos pecadores del siglo endurecidos en su culpa, y de ningun modo dispuestos para salir de ella; mas con todo eso, quieren mantener las apariencias, y salvar las exterioridades de la Religion: hombres que en su corazon son enemigos de Jesu-Christo, pero no se atreven á declarar, y aun á veces llegan á estar tan ciegos que se engañan á sí mismos. Quisieran no comulgar jamas, pero se ven obligados por los respetos de su condicion y estado, de los cuales no pueden eximirse. Ya porque es un Magistrado, y el escándalo que causára recayera sobre su persona; ya porque es un Padre de familias, que sería notado infaliblemente; ya porque

(a) Math. 21. v. 15. (b) Luc. 19. v. 41.

que es una muger de calidad, que obrára contra su reputacion; ya porque es un Eclesiástico, que se desacreditára, y fuera tenido por de vida licenciosa: es necesario cautelar estas conseqüencias, y asistir como los demás á la mesa de los fieles, por lo menos en este tiempo santo. De otra manera, hubiera un Pastor, que por cumplir con la obligacion de su cargo se volveria contra ellos, hablaría, obraría, y los dexaría notados; y esto es lo que no quieren que venga sobre sus cabezas. Tienen sobrada osadía para sacudir el yugo del temor de Dios, pero muy poca para atropellar con el temor de los hombres. Así se determinan á comulgar; ¿pero cómo? Con una especie de violencia: *Timebant plebem* (a). Juzgad por ahí, Christianos, lo que ordinariamente acompaña á semejantes Comuniones; y es, que quando estos hombres impíos y perdidos reciben el Sacramento de Jesu-Christo conspiran contra su Magestad en sus corazones, idean cómo satisfacer sus pasiones brutales, y el dia mismo de la Comunión cometen mayores excesos, y disoluciones. Esto es lo que sucede; y mas vale decirlo para infundiros horror de semejante delito, que callar y dexaros al riesgo de que se os pegue el contagio de tan monstruosa impiedad. Cada dia se declama contra otros delitos, y no se habla contra éste, con ser una culpa que se opone á la religion directamente. Se clama contra las imperfecciones que se reparan en algunas personas virtuosas que frecúntan la Comunión, y apenas se dice una palabra contra los Christianos sacrilegos que profanan el cuerpo de Jesu-Christo; y á la verdad, contra ellos habian de emplear su zelo los Ministros del Evangelio. Si algunas veces se les pusiera á los ojos la infidelidad de su estado, puede ser que se movieran sus corazones, y con tnas advertencias vivas, pero provechosas, volvieran en sí de tan profundo letargo.

Mas no aguardéis que haga Dios milagros por ellos, por-

(a) Luc. 22. v. 2.

porque le ponen un estorbo casi insuperable; pues imitando á los Fariseos, y llegando á serles tan semejantes, que no hay rasgo en que no se les parezcan, tienen todos estos milagros por ilusiones; y quando les decimos que una sola Comunión bien hecha es capaz de librarlos de todos sus males se mofan de esta verdad, y nos responden con gracejos ofensivos y escandalosos. Un solo milagro hace en ellos la Comunión, y no le pueden impedir. ¿Mas qué milagro es este? Que este Sacramento, que habia de ser para ellos un manantial de luces, no sirve sino para endurecerlos; y siendo Sacramento de vida, para ellos es Sacramento de muerte, y muerte eterna. No tengo, pues, dificultad en entender la razon de venir el Hijo de Dios á ellos llorando: *Videns civitatem flevit super illam*. ¿Cómo no habia de llorar? Ve que el mismo Sacramento que instituyó para comunicar la santidad á las almas, se ha de convertir en materia de su reprobacion. Ve que los pecadores que él intentaba salvar, en lugar de aprovecharse del dón mas soberano, y de la vista de su Dios, están como Jerusalén, á punto de hacer que descargue el Cielo toda su indignacion, y execute las venganzas mas formidables sobre sus cabezas. ¿Hay motivo mas digno de su llanto? *Videns civitatem flevit super illam*.

Pues si esto es así, ¿no fuera mejor dexar de comulgar, que comulgar indignamente? Esta es otra monstruosidad, y mucho mas peligrosa, porque se sirve de ella la disolucion, tomándola por pretexto para apoyarse y mantenerse. Decis que es mejor dexar de comulgar que comulgar indignamente; como si pudiera haber un extremo mejor que otro, quando la materia es un escándalo, y uno de los escándalos mas evidentes. No, oyentes míos, no es mejor lo uno que lo otro; y esta comparacion hecha por los sugetos de quienes hablo, esto es, por los que se han dado á una vida desenfrenada, indica un principio peor, y mas viciado que la conseqüencia de una Comunión indigna; porque no discurren así, sino por ser mas impíos, y estar resueltos á vivir en su impiedad. No

es respeto que tienen á Jesu-Christo; porque bien claramente muestran en todo lo demás, que les hace poca fuerza este motivo: no es temor á la santidad del Sacramento, porque apenas creen su verdad; no es porque tienen el designio de convertirse quanto ántes, porque están muy lejos de eso, ni aun les pasa por el pensamiento; luego es por un espíritu de irreligion. Pues decir con este espíritu, que es mejor dexar del todo de comulgar, que comulgar indignamente, es hablar como Ateista.

Y añado una proposicion que sujeto á vuestra censura, pero yo la tengo por verdadera; y es, que dexar del todo la Comunión por este principio de disolucion y de irreligion, es delante de Dios una culpa mas abominable que la de comulgar indignamente por fragilidad ó negligencia. Y en efecto, siempre se ha tenido por una especie de apostasia faltar á la obligacion de comulgar en la Pascua; porque la Comunión es uno de los distintivos mas conocidos de la profesion christiana. Siempre se ha hecho juicio, que faltar á esta obligacion era descomulgarse á sí mismo, pero con una excomunion mas funesta que la que fulmina la Iglesia por modo de censura; porque el estar descomulgados por la Iglesia es un castigo que el Apóstol San Pablo tiene por provechoso; pero descomulgarse uno á sí mismo, es un delito que se encamina á la condenacion, y á la ruina de su alma. Siempre se ha hecho juicio que un Christiano que no celebraba la Pascua, se habia de mirar como un Gentil y Publicano, segun la sententia del mismo Jesu-Christo, porque no oye la voz de la Iglesia, y desprecia sus preceptos. Y yo, no solamente le miro como Publicano, y Gentil, sino que me parece peor que un Pagano; porque tengo por cierto, que un buen Pagano (bueno digo, en quanto en su religion es posible que lo sea) es mejor que un Christiano que no tiene religion, aunque tenga el nombre de Christiano. Este es el desórden que intento destruir, y pluguiera al Cielo que no fuese sino un fantasma; pero no sucede tan raras veces como podéis pensar: es demasiadamente sabido el crecido número de estos li-

cen-

cenciosos conocidos por su calidad y empleos, que se satisfacen con la buena fe que pretextan no comulgando jamas, porque dicen que no quieren ser sacrilegos comulgando indignamente. No los demos ocasion de escándalo en este lugar, y guardémonos de darlos á conocer: pero tambien los ruego con todo encarecimiento, que no escandalicen á Jesu-Christo su Salvador despreciando su Sacramento; que no escandalicen á su madre la Iglesia con una obstinada desobediencia; que no escandalicen á sus hermanos los fieles con su exemplo pernicioso; y que no se escandalicen á sí mismos con su modo de obrar desenfrenado. ¿Pues qué han de hacer? ¿Han de comulgar indignamente? No lo permita Dios. Medio hay entre estos dos extremos, y es comulgar dignamente. Toda devocion que lleva á no comulgar, es engañosa; toda máxima que se encaminára á comulgar en estado de culpa, fuera una abominacion: el medio sólido es llegarse á la mesa de Jesu-Christo con afectos de religion, de penitencia, de piedad y de fervor, que son los que llenan de santidad á un alma, y la disponen para alimentarse de este pan del Cielo, que nos ha de servir de prenda de aquella eternidad bienaventurada que yo os deseo.

